

Esther Rodríguez González, *El final de Tarteso. Arqueología protohistórica del Valle Medio del Guadiana* (= Ataecina. Colección de estudios históricos de la Lusitania 12), Mérida, Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida, 2022, 166 pp. [ISBN: 978-84-09-43912-6]

Decía el poeta Anacreonte, entre finales del siglo VI y comienzos del V a.C., que no ambicionaba ni el cuerno de Amaltea ni reinar siglo y medio en Tarteso (Str. 3.2.14). Actitud la suya con la que posiblemente pueda empatizar quien se vea abocado a analizar desde un punto de vista científico la espinosa cuestión de la caracterización cultural y cronológica de eso que *nosotros* llamamos Tarteso. Una de las cuestiones que hoy en día, sin duda, se cuenta entre los problemas más controvertidos de la protohistoria peninsular, y que a nivel divulgativo acapara la atención de la sociedad y de los medios.

Por eso mismo es particularmente bienvenido el libro que aquí reseñamos. Una obra que, aunque aborda *grosso modo* la misma temática que la autora ya exploró en un volumen anterior (*El poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro*, Madrid, 2018), síntesis a su vez de su tesis doctoral (UAM, 2016), lo hace en esta ocasión con una proyección marcadamente divulgativa, sin rebajar un ápice la profundidad del análisis pero empleando un registro accesible para un público más amplio, resumiendo un tanto los razonamientos y acompañándolos de un exuberante aparato gráfico, en el que la cartografía (relevante y de calidad, algo de agradecer en estudios territoriales como el presente) brilla con luz propia. Y lo hace, además, complementando sus anteriores argumentaciones con nuevas hipótesis (como la que achaca la desestructuración del sistema político de los “edificios ocultos bajo túmulo” a un evento climático detonante de graves desbordamientos del Guadiana) y con una selección de las espectaculares novedades que año tras año van sacando a la luz los trabajos arqueológicos de Casas del Turuñuelo, coronadas, en este libro, por el hallazgo de la estatua de mármol egeo, pues las cabezas escultóricas que tanto revuelo suscitaron en los medios (y con razón) esta última primavera son unos meses posteriores a la publicación del volumen.

El final de Tarteso. Arqueología protohistórica del Valle Medio del Guadiana tiene como objetivo explícito la reivindicación del concepto de Tarteso para definir la realidad cultural imperante en la cuenca media del Guadiana entre los siglos VII y V a.C. (pág. 17; cf. el prólogo de Mar Zarzalejos, en el que la investigadora utiliza, precisamente, el verbo “reivindicar”: pág. 10). No se trata ya de una idea novedosa, sino que, como el propio libro desgrana, viene siendo argumentada desde hace dos décadas por autores como Sebastián Celestino, que ya en 2003 defendía la hipótesis de una colonización tartésica de las tierras extremeñas y de la perduración en el Guadiana medio de “lo tartésico” más allá de la llamada “crisis del siglo VI a.C.”. Durante las dos décadas transcurridas, y debido entre otras cosas a una carga probatoria que no deja de aumentar, muchos otros investigadores e investigadoras han abrazado el modelo,

que sin embargo todavía continúa considerándose controvertido en otros sectores de la investigación. Pero se trata de un debate sin demasiado recorrido, pues el *quid* de la cuestión radica, como tantas veces, en una discrepancia conceptual de base. Si persistimos en categorizar Tarteso como la realidad político-cultural de la que hablaban las fuentes clásicas, no lo encontraremos en la Extremadura del siglo V a.C., entre otras cosas porque ni siquiera los distintos autores clásicos hablaban de una misma realidad cuando utilizaron el término. Pero si, más allá de los titulares sensacionalistas, reparamos en que la autora de este libro, como varios de sus colegas, entienden Tarteso como la “cultura que se desarrolla en el suroeste de la península Ibérica entre los siglos VIII y V a.C.”, considerando que “por el momento, [el concepto de Tarteso] es un mecanismo que nos facilita a historiadores, arqueólogos y divulgadores la labor de transmitir y hacer comprensible los acontecimientos de un periodo histórico del que todavía desconocemos el nombre” (pág. 23), es probable que en ese caso muchas de las reticencias expresadas desaparezcan. No estamos hablando del Tarteso de Argantonio ni del de Heródoto; hablamos de las dinámicas culturales, políticas y económicas que antaño intentábamos englobar bajo la noción de “Orientalizante”, pero que hoy, conscientes de los problemas epistemológicos derivados de etiquetas difusionistas como esa, o como la de “Romanización”, tratamos de evitar mediante conceptos menos connotados, más complejos y, sobre todo, más ajustados al registro.

Esther Rodríguez estructura su libro en seis capítulos, aunque basta un rápido vistazo al índice para descubrir que el peso otorgado a cada uno de ellos es muy desigual. En el primero de ellos, “Qué entendemos por Tarteso”, la autora explica el *leitmotiv* del libro desgranando un recorrido historiográfico por la conceptualización arqueológica de la cultura tartésica, de la que la derivada extremeña se presenta, con toda justicia, como un corolario lógico. El uso de la primera persona en el título, por cierto, no es inocente, pues el bloque aborda un problema puramente arqueológico, qué entendemos *nosotros* (arqueólogos/as) por Tarteso, sin detenerse apenas en examinar qué es a lo que se refirieron las fuentes clásicas que emplearon el término, cuestión esta que, como es bien sabido, lleva más de un siglo haciendo correr ríos de tinta, y a la que trabajos recientes como los de Manuel Álvarez han dado una vuelta de tuerca en los últimos años. Complementario de todo punto al apartado previo, de hecho, es el segundo capítulo, también de índole historiográfica, en el que se pasa revista a las distintas maneras en las que se ha interpretado la I Edad del Hierro en el Guadiana medio y sus cada vez más claras conexiones con el Bajo Guadalquivir, desde los ya lejanos estudios de García y Bellido y Maluquer a las últimas publicaciones del Instituto de Arqueología de Mérida.

El segundo bloque del volumen arranca con un tercer capítulo dedicado al estudio territorial del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro. Como la propia autora señala, su interés en estas páginas rebasa la mera reconstrucción de las condiciones orográficas, climáticas y medioambientales del territorio analizado. También se persigue evidenciar hasta qué punto las transformaciones físicas operadas en la zona pueden distorsionar nuestra comprensión del pasado, y hasta qué punto un conocimiento cada vez más exhaustivo de dichas transformaciones (por ejemplo, de las crecidas que, cada diez, cien y quinientos años alteraron el curso del río, según los modelos predictivos manejados) puede ofrecernos valiosas claves explicativas.

El cuarto capítulo constituye, sin lugar a dudas, el núcleo central del libro que tenemos entre manos. En él, se lleva a cabo una prolija caracterización del poblamiento del Guadiana medio durante la primera mitad del primer milenio a.C., exponiendo

los datos disponibles, discutiendo su desigual fiabilidad y argumentando el rechazo o matización de los modelos defendidos por otros autores. Así, partiendo de un Bronce Final mal conocido en el Guadiana medio salvo por las excavaciones de Cerro Borreguero, se propone una jerarquización del poblamiento basada en tres categorías: los enclaves fortificados en altura (que la autora no duda en denominar *oppida*, pero que defiende que solo se constatan en el Tamborrio, pues los datos documentados en otros cerros, como el de Medellín, en contra de lo asumido hasta el momento, no le parecen concluyentes), los “edificios ocultos bajo túmulo” (perífrasis descriptiva que trata de no connotar gratuitamente estas construcciones, de funcionalidades diversas pero que coinciden en su monumentalidad, en su amortización ritual a finales del siglo V a.C. y en su carácter articulador del territorio) y los yacimientos agropecuarios en llano (categoría en la que se engloban desde poblados de cierta entidad a pequeñas alquerías). La caracterización de cada categoría, como es natural, se acompaña de una somera descripción de sus yacimientos más señeros, convenientemente complementada, como todo el libro, con un nutrido aparato gráfico. Como corolario al capítulo, se dedican unas breves páginas a las necrópolis conocidas, llamativamente concentradas en torno a Medellín, circunstancia que, para la autora, no evidencia por fuerza la existencia de un gran núcleo urbano en las inmediaciones, sino la especial significación que el paraje tendría para las distintas elites locales que acudirían allí a enterrarse, hipótesis que redundaría en el elevado grado de integración (como mínimo, cultural) de la región.

El último bloque del libro es el menos extenso, pues sus dos capítulos se componen de apenas cuatro y tres páginas respectivamente. En el primero de ellos, el quinto del volumen, se reflexiona sobre el orden político y territorial del Guadiana medio durante la época estudiada, concluyendo que se trató de un sistema jerárquico articulado desde los llamados “edificios ocultos bajo túmulo”, que las elites locales emplearían para visibilizar su distinción frente a la población dispersa por el entorno. El último capítulo, en fin, aborda la cuestión de la desestructuración del sistema de poblamiento descrito, sustanciada en el abandono del *oppidum* de Tamborrio y la simultánea amortización ritual de los “edificios ocultos bajo túmulo”, algo que la autora conceptualiza como la “definitiva crisis de Tarteso” y que atribuye, frente a otras opciones menos plausibles, a un evento climático extraordinario.

En comparación con el bloque historiográfico o con el consagrado al territorio y el poblamiento, es posible que estos últimos dos capítulos se le antojen breves, demasiado generales, al lector o lectora que, alcanzado este punto del libro, seguramente arda ya en deseos de comprender las coordenadas históricas que motivaron los fenómenos arqueológicos descritos. Pensemos, sin embargo, que tan acusada disimetría responde en realidad al punto de la investigación en el que nos encontramos. No es tan habitual que un libro enfocado a la alta divulgación presente casi en primicia datos arqueológicos sacados a la luz unos meses antes; ni tampoco que lo haga renunciando a proponer modelos interpretativos asimilables (y apetecidos) por el gran público pero carentes de la fiabilidad argumental que acostumbramos a exigirle a todo razonamiento científico. Todavía es pronto para aseverar con certeza cómo funcionaron las dinámicas políticas del Guadiana medio durante la I Edad del Hierro, o qué fue lo que llevó a sus pobladores a amortizar con semejante boato ritual complejos monumentales de la talla de Cancho Roano o el Turuñuelo. Pero no lo es para que Esther Rodríguez nos haya regalado una síntesis como esta, en la que, sin menoscabar la complejidad del discurso, ha hecho accesibles los datos de los últimos

proyectos de investigación de su equipo a un público amplio entusiasmado por los pasos de gigante que la arqueología protohistórica está dando en los últimos años.

Jorge García Cardiel
Universidad Complutense de Madrid
jgarciacardiel@ucm.es